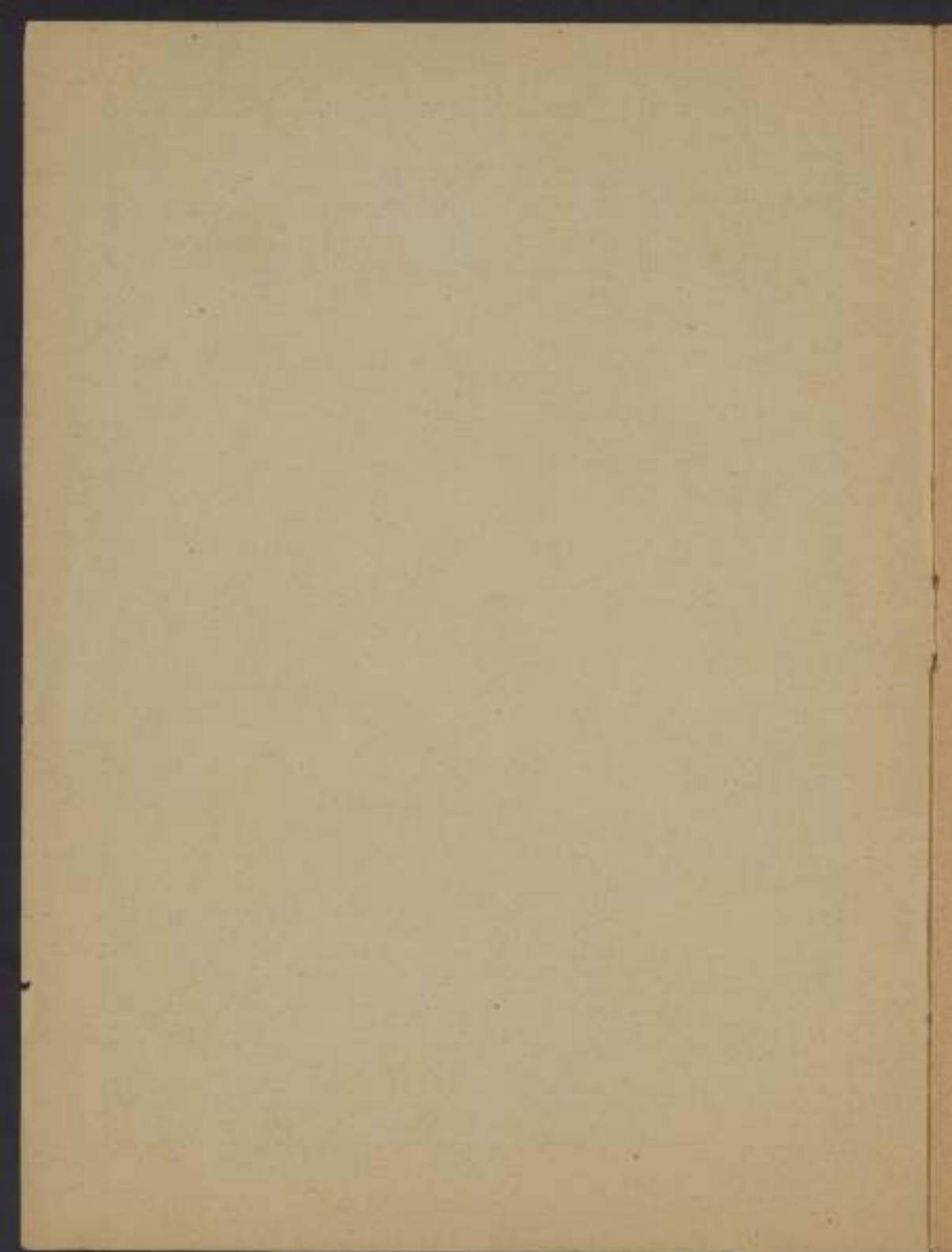


En el Palacio del Rey



*Novela
cinematográfica
de F. Marion Crawford*

25 cts.



Año I - - - N.º 1
Barcelona, 5 Abril 1934

Dirección y Redacción:
Calle Peláyo, 62

--- Teléfono 4128 A. ---

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL

N.º 116-17 col. 100x50 cm.
Suscripción: 5 pesetas trimestrales

Administración y Talleres:
Calle Villarroel, 22

--- Teléfono 1025 A. ---

EN EL PALACIO DEL REY

Relación fantástica de sucesos que pudieron acontecer en tiempos de Felipe II
por F. MARION CRAWFORD

Exclusiva de la «GOLDWYN-COSMOPOLITAN»

Reserva de Cataluña, 121

PERSONAJES

Dona Dolores de Mendoza

Don Juan de Austria

Felipe II

Don Luis de Mendoza

Antonio Pérez

La Princesa de Eboli

Dona Inés de Mendoza

El Bufón Adonis

La Reina Nita

El Duque Ray López

Blanche Sweet

Edmund Lowe

Sam de Grasse

Hobart Bosworth

William V. Mong

Aileen Pringle

Paulina Starke

Lúcia Littlefield

Ena Gregory

Charles Glarey

I

En la época en que no se ponía el sol en los dominios españoles; cuando España, madre de pueblos y dominadora de naciones, derramaba a manos llenas la sangre de sus soldados y el oro de sus colonias, dentro de los muros del Real Palacio el Amor, los Celos y la Intriga desempeñaban a maravilla sus respectivos papeles.

Las crónicas de aquellos tiempos nos dan noticia de los amores del célebre Don Juan de Austria, hermano del Rey, con Doña Dolores de Mendoza; y esos amores

legendarios son los que hoy se tragan a la novela.

Era a la sazón Don Juan de Austria un apuesto mancebo. De figura esbelta, de bello y noble rostro, de depurados sentimientos hidalgos, Don Juan conquistaba los corazones de todos los súbditos de su hermano y los de todas las bellas del Reino, que contemplaban al hermano del Rey como el prototipo de la nobleza y de la gallardía.

Pero Don Juan no tenía sonrisas más que para Doña Dolores de Mendoza, hija del general Don Luis y una de las más peregrinas bellezas de la corte. Se amaban

los dos jóvenes con un amor desinteresado y puro, y un juramento que mediaba entre ellos hacia indestructible, hasta la muerte, aquel amor.

Sabiendo que la hija de un hidalgo no puede aspirar a casarse con el hermano del Rey, el general Don Luis de Mendoza murmuraba, aplicándoles a Doña Dolores, las versos del clásico:

«para vuestra esposa poco,
para vuestra dama mucho.»

Y hombre de voluntad férrea había decidido que su hija se apartase de Don Juan.

Doña Dolores tenía una hermana ciega, Doña Inés, que alimentaba en el fondo de su corazón un amor sin esperanzas por el de Austria. Dotada de una gran belleza, y de unos sentimientos más bellos todavía, Doña Inés servía de cómplice a los dos enamorados en sus coloquios. ¡Cuántas veces en su oído ciego les advirtió:

—¡Cuidado, hermana, que aún viene nuestro padre!

Ira el Real Palacio en la época que nos ocupa sembrado de intrigas y de conspiraciones. Felipe II, el Rey tan discutido, tan exaltado por unos y tan odiado por otros, era el centro de todas aquellas maquinaciones en las que se mordían las lenguas buscando como premio la privanza de aquel Monarca que, hombre de furiosas pero bien disimuladas pasiones, era terreno abonado a todas las adulaciones y a todas las bajezas.

Parte de la nobleza, mal avenida con aquel estado de cosas, no disimulaba su desprecio al Soberano, en tanto no recataba su simpatía por Don Juan de Austria, que era el ídolo del pueblo y el capitán indiscutible del ejército.

Se preparaba una expedición contra los moros que en el lejano Oriente se habían permitido mancillar el honor de España y amenazaban la tranquilidad de los mares, por los que cruzaban los galeones españoles portadores del oro de América. No pasaba semana sin que los corsarios berberiscos, ámulos de Barbarroja el Audaz, entrasen a saco ciudades colocadas bajo el amparo del pabellón hispano, y

no pasaba mes sin que las galeotas árabes o turcas hicieran buena presa en las embarcaciones españolas. Había que terminar con aquel estado de cosas, y Don Juan de Austria fué comisionado para quebrantar el poderío musulmán. ¿Qué designios tuvo el Rey para encargár a su hermano de aquella empresa y no comisionar a otro capitán? Acaso la popularidad de que gozaba el de Austria, y que ponía en peligro la corona de Felipe, fuese el principal acicate para que éste alejara a su hermano de la Corte, creyendo con ello que la tranquilidad renacería en algunos arriscados y desasosados varones que eran capaces por Don Juan de las más extraordinarias y temerarias empresas, y acaso creyera también que al partirse Don Juan de la Corte podría atraer a su partido a aquellos orgullosos nobles que no reconocían en el hijo de Carlos V otros méritos que el de ser heredero de aquel gran Rey.

Pero sea ello lo que quiera, lo cierto es que en el momento en que iba comenzando la novela se estaban preparando hombres y elementos para la expedición que, mandada por Don Juan de Austria, se disponía a presentar a los musulmanes combate en el que iban a cruzarse de nuevo la Cruz y la Media Luna.

Los partidarios del Rey creyeron ver llegado el momento de inutilizar al de Austria y urdieron la intriga de que se da cuenta detallada en las líneas que siguen. No quiso la Providencia que loaran sus propósitos y muy otro fué el resultado, de aquel que se esperaba; que el Supremo Hacedor, en sus inexcrutables designios gusta de vencer el orgullo y la vanidad de los hombres para probarles sin duda su insignificancia y pequeñez.

Empero de tal manera consumó la Providencia sus propósitos, con tan lozana y fresca fantasía que sobrepusó a la imaginación del más calenturiento novelador. Todos los incidentes a que diera lugar la intriga de unos ambiciosos sin escrúpulos constituye uno de los más curiosos episodios del reinado de Felipe II. Frente a los intrigantes, acogidos al pabellón real, luchaba la hidalguía y cruzan por la escena tipos reciamente españoles, honrados, leales y nobles a carta esbía que representan el viejo espíritu de la raza, ese espíritu que en los pueblos

verdaderamente grandes no mueren nunca, tipos avellanados de ruda corteza pero de gran corazón de los que son espejo los descubridores, los navegantes, los guerreros esclarecidos que pasaron la bandera de España por el globo en empresas que por su magnitud y desproporción con los medios puestos en práctica para su logro nos amirand ahora naciones creer que se trata de homéricas hazañas o de sueños mitológicos y no de realidades hijas de una época en la que se ren-

luntad que allanaba todos los obstáculos.

Sentado en un sillón, las piernas colocadas sobre un taburete — el reuma comenzaba a morder sus miembros —, el Rey de las Españas escuchaba, sin oírle, a su secretario particular Antonio Pérez del que se decía que era uno de los pocos hombres que había sabido conquistarse el ánimo de Felipe.

Era Pérez de una delgadez y de una flexibilidad de tallo extraordinarias. Flexibilidad que también era la nota distin-

Al día siguiente marcharon las tropas. El belliqueo no se había terminado pero lugar en el gran patio del Alcazar.



da culto al Honor, a la Fe, a la Lealtad, a la Bizarria y al Amor.

Cuando comienza nuestra narración, Felipe II se hallaba en el apogeo de su poderío y de su gloria. De mediana estatura, de figura enigmática, de mirada torva y astuta, que cuando miraba de frente lo hacía poniendo en sus pupilas un brillo irónico, este era Felipe II a los treinta y cinco años. Vestido de negro y tocado con un airoso bonete con pluma, la figura de Felipe, si no llena de majestad, era por lo menos un poco imponente y desconcertante. Maestro en velar sus sentimientos y sus intenciones bajo una sonrisa ambigua, Felipe II daba la sensación de ser un abólico cuando en realidad era una poderosa y arrolladora vo-

tiva de su espíritu, que se amoldaba a todas las contingencias y a todas las intrigas. Adulaba al Rey, que era el sol que más calentaba entonces, y procuraba fomentar las bajas pasiones de Felipe para hacerle más suyo, con una inteligencia y una habilidad realmente admirables.

El Rey salió al fin de su mutismo y dijo a Pérez, que estaba con él en el despacho regio donde Felipe recibía las audiencias:

—Este amargor tan desagradable que siento en la boca... Pérez... tráeme los caramelos.

Cumplió Pérez los deseos del soberano, y acudió a la puerta donde habían llamado, delicadamente, con los nudillos. Salíó el secretario, cambió una mirada de inteligencia y de complicidad con una

mujer de gran belleza, y dejándole paso hacia la estancia regia, anunció:

— ¡La princesa de Eboli!

En la favorita del Rey, el gran amor de Felipe II. Doña Ana de Mendoza y La Cerda, princesa de Eboli, dominaba a su albedrío todos los corazones excepto el de Don Juan de Austria, al que profesaba gran odio.

Después de acariciar al Rey y de obtener su venia para tomar asiento, la princesa de Eboli dijo al Monarca:

—Vuestro hermano está prendado de Doña Dolores, Señor; alguna providencia ha de tomarse para apartarlo de ella cuando regrese de la campaña contra los moros.

Felipe respondió siguiendo el pensamiento de su favorita:

— O acaso conviniera más a nuestros designios casarlo con la Reina de Inglaterra...

— ¡Cuán perspicaz sois, Señor! — exclamó la de Eboli. — ¿Qué duda cabe que si Don Juan regresara victorioso, el favor popular podría colocarle hasta por encima de Vuestra Majestad?

Y como vió en el Rey un gesto de ojeriza, prosiguió uimadamamente:

— Ahn cuando toda la nobleza española rindiere homenaje a Don Juan, Vuestra Majestad me hallará siempre leal.

Agradeció Felipe esta adhesión con una sonrisa, en el momento que su secretario anunciaba la presencia en la antecámara del duque Ruy Gómez, esposo de la princesa de Eboli y prototipo del caballero español, pues a su inteligencia e hidalgía llevaba aparejada una inquebrantable adhesión a su Soberano.

Con objeto de que el duque no supiese la presencia de su esposa en la cámara regia, ya que ignoraba las relaciones que la princesa mantenía con el Rey, éste hizo salir a su favorita por una puerta excusada a donde la acompañó Pérez. Antes de marchar la princesa, y sin que el Rey lo advirtiese, el secretario besó amorosamente las manos a la de Eboli, diciéndole en un tono de confidencia:

— Desempeñáis vuestro papel a maravilla, mas no puedo evitar el ponerme celoso...

Dió orden el Rey de introducir en la estancia al duque, y pocos momentos después estaba en su presencia.

Tras de hacer una profunda reverencia, el duque se expresó en estos términos:

— Las tropas de Don Juan se hallan prontas a ponerse en marcha mañana temprano. ¡Dios nos conceda verlas regresar triunfantes!

Una sonrisa vagó por los labios del Rey, mientras su frente se arrugaba como ensombrecida.

Al día siguiente partieron las tropas. El acto de la despedida tuvo lugar en el gran patio del Alcázar. Formaron los regimientos de más brillante historia, mandados por los más prestigiosos capitanes. Los balcones y azoteas se hallaban ocupados por las más bellas damas de la corte y por aquellos antiguos guerreros a los que sus achaques no permitían empuñar las armas para luchar contra el infiel agarenó.

Con gran solemnidad hizo su aparición Felipe II seguido de un lucido cortejo de caballeros. A uno de sus lados llevaba a la Reina Niña, y un poco más detrás a su secretario Antonio Pérez y al bufón Adonis, contrahecho personaje que adoraba a Don Juan de Austria y temía a la princesa de Eboli.

Mayor entusiasmo que la aparición del Rey despertó la de Don Juan de Austria. Sin armas, elegantemente vestido, se situó en el centro del patio y en el del cuadro formado por sus tropas esperando recibir la despedida de su hermano. En medio de la mayor expectación, el Monarca se adelantó en el balcón que le servía de tribuna, e imponiendo silencio con un gesto, saludó a Don Juan con estas palabras:

— ¡Que Dios os guarde, hermano!

Y no hubo más. Todos los cortesanos pudieron observar la frialdad de la despedida.

Peró Don Juan no paró mientes en ello. ¡Qué le importaba la frialdad de su hermano si le sonreía el amor!

Efectivamente, en uno de los balcones del patio de armas Doña Dolores, acompañada de sus hermanas Doña Inés, despedía a su amado. Para ella solamente tuvo ojos Don Juan y la más amorosa sonrisa se dibujó en sus labios al mismo tiempo que apretaba contra su corazón

una medalla de la Virgen, preciado don de la enamorada...

Pero era preciso partir y, con todo el dolor de su alma, Don Juan montó a caballo y seguido de una lucida y prestigiosa corte de guerreros se puso al frente del ejército. Entre los más experimentados y valerosos capitanes iba el padre de Dolores, hidalgo entre los hidalgos, y capitán que había demostrado su pericia en los más reñidos combates.

V la España heroica, que salía de una

aunque escasa fortuna, contra el mahometano.

Un día, como la situación no acababa de definirse, y los sarracenos no abandonaban sus ventajosas posiciones, Don Juan decidió escribir a su hermano.

Llamó a uno de sus mejores capitanes, en el que tenía depositada su confianza, y le habló de esta suerte:

—Llevadís mi mensaje al Rey, Certés. Que Dios Nuestro Señor os proteja para que lleguéis sano y salvo.



En la tienda del ministro de la guerra se muestra a la reina la medalla de la Virgen.

guerra para entrar en otra, que llevaba una tropa de hazaña en hazaña y de victoria en victoria, marchó a acometer a los hijos de Mahoma que amenazaban la integridad del Reino.

En tanto, una mujer enamorada lloraba la ausencia del amado, y un Rey, antes que Rey hombre de nefandas pasiones, alimentaba en la sombra la serpiente de siniestros designios...

II

Pasaron los meses durante los cuales España parecía haberse olvidado de Don Juan que luchaba con denodado brío,

y poniendo todo su corazón, entregó al capitán otro billete, al tiempo que decía:

—Y al entregar este otro billete a Doda Dolores, decidla que el recuerdo que me entregara al despedirme no se aparta un punto de mi corazón.

Y el mensajero partió sobre brida corcel, cruzando las líneas enemigas donde el agareno acechaba cauteloso...

Al mismo tiempo que Don Juan corría riesgos y trabajos sin cuento, Felipe II, deseoso de atraerse el ánimo de los desafectos nobles, convertía la Corte en centro de brillantes fiestas en las que se daba al olvido el peligro que el ejército de Don

Juan corría en sus luchas contra el mahometano. Sólo un corazón, en aquellos dorados festejos, recordaba al ausente. Era el de Doña Dolores que, obligada por su rango a asistir a los serenos regios, tenía siempre en su memoria y en su corazón al amado.

Se celebraba una de aquellas brillantes fiestas, cuando viniendo a las risas y a la despreocupación de los cortesanos, se hizo un silencio augustoso. Casi atropellado por la fatiga, destrozado el traje, los cabellos en desorden y el rostro ensangrentado, Cortés acababa de entrar en el salón donde la fiesta se celebraba. Arrastrándose llegó hasta donde estaba el Soberano y le entregó el pliego de Don Juan, y como si aquel esfuerzo hubiera agotado sus energías, cayó al suelo desvanecido.

Con un gesto el Rey indicó a Antonio Pérez que abriera el pliego.

El secretario así lo hizo, y después de pasar sus perspicaces ojos por el escrito, dijo:

—Solicita Don Juan de Vuestra Majestad, más hombres y dinero con que continuar la campaña.

Felipe II le interrumpió con un ademán:

—¿Cómo se halla nuestro tesoro? — preguntó en voz alta para que los nobles le oyeran.

Pérez, que comprendió la intención del Soberano, al formular la pregunta, respondió rápido:

Exhausto, Señor.

Doña Dolores, dejándose llevar de esos excitativos sentimientos, había arrojado en auxilio de Cortés. Le prodigó sus cuidados y le limpió el rostro con su fino pañuelo de batista.

Al contacto, Cortés abrió los ojos, y contemplando aquel rostro hechicero en el que se reflejaba la inocencia, entregó a Doña Dolores el mensajero de Don Juan. Corrió la enamorada a su aposento y abrió el pliego. Al hacerlo palpitaba su corazón. Por fin con mano trémula rompió el sello y leyó lo siguiente:

«Señora y dueña mía: Sólo vuestro pensamiento me conforta en aquestos grandes trabajos a que me hallo sujeto, y de que acuso no salga con vida; mas sabed, alma mía, que nunca cesará de ama-

ros el que en vos, después de Dios Nuestro Señor, tra su esperanza y contentamiento.

Don Juan.»

La emoción que la carta produjo en el alma de Doña Dolores no es para describir. Se arrodilló ante un crucifijo, y allí con fe y pasión renovó sus votos por el éxito de la empresa del amado.

—¡Oh, amado mío, no desmayéis en la empresa que al mayor logro de nuestra Fe, nuestra España va encaminada!

En tanto con renovada esperanza Don Juan llamó a sí a sus más esforzados capitanes, con los que celebró un consejo de guerra, después de impartir favor a Aquel en cuyas manos está el conceder la victoria. Se acordó levantar en los cerros montes una cruz hecha de madera y haces de leña, y prenderle fuego para que la visión luminosa llenase de pavor el ánimo de los infieles.

Al mismo tiempo en la tienda del caudillo de los árabes la molición y la voluptuosidad dominaban, pues permanecían en forzosa inacción viendo la presa que juraban segura.

El campo de los árabes más bien que asiento de guerreros era una bacanal en la que quebraban sus entusiasmos y agotaban sus energías. Esclavos de extraordinaria belleza alegraban la existencia de aquellos soldados de Mahoma que embrutecidos por el alcohol, pese a todos los preceptos coránicos, no pensaban más que en los placeres y sentían debilitarse sus odios seculares contra el cristiano aborrecido.

Aquella noche la lujosa tienda del jefe agareno, era el mágico escenario de una alegre y bulliciosa fiesta en la que el descuido llegó a su máximo grado. Las libaciones se repetían y el furor báquico estaba en su zénit cuando...

De repente un clamoreo se levantó impetuoso en el campo agareno. Los más valerosos capitanes entraban en la tienda del caudillo exclamando medrosos:

—¡Alé decretó nuestra perdición! ¡He ahí la señal!

Y con gesto trémulo indicaban la cruz

que en lo alto de un monte vomitaba llamas.

El pánico se apoderó del campo musulmán y los guerreros corrían enloquecidos de terror, al mismo tiempo que Don Juan de Austria, arrojando a los suyos el grito de guerra de «¡Cierra España y válganos nuestro patrón Santiago!», penetraba en el campamento sembrando la derrota y la muerte entre los moros. Poco después los clarines españoles pregonaban la victoria y vibraban de júbilo en honor del triunfante castillo...

III

La noticia de la victoria no tardó en llegar a España y la Corte y todos los nobles se dispusieron a tributar a Don Juan y al ejército victorioso un brillante recibimiento que fuera homenaje a la importante victoria conseguida. En el patio de armas se dio cita la más brillante representación de nobleza y lujo de que pueda tenerse memoria. De las más lejanas ciudades acudieron señores y vasallos que descendían tributar a Don Juan y a su brillante falange guerrera, el testimonio de su adhesión y de su cariño. Felipe II moría de celos y de envidia al ver la popularidad de su hermano, y olvidándose de la victoria española no veía más que la de su hermano a quien odiaba.

La concurrencia era como nunca. Nobles enemistados con el Monarca y que nunca habían doblado su cerviz en señal de acatamiento a Felipe II habían acudido guiados por el deseo de rendir pleitesía al de Austria en el que veían al paladín de su causa y al representante de su descontento.

Las ciudades y hasta los pueblos ricos y numerosos enviaron lucidas delegaciones que testimoniaron al de Austria su contento por verle regresar victorioso.

En medio de una expectación extraordinaria llegó por fin Don Juan al frente de sus guerreros. Atrasonados aplausos que sonaron en los oídos del Rey como ingrato clamorero acogió la llegada del castillo.

Se adelantó éste al Soberano que estaba rodeado de magnates, y le hizo una profunda reverencia. El Rey con frío to-

no tuvo para su hermano las siguientes palabras:

—¡Laudó ses Dios Nuestro Señor que se ha servido devolvérte a nuestros brazos!

Y cuando Don Juan creyó que su hermano iba a estrecharle en un abrazo fraternal, Felipe dió por terminado el acto del recibimiento.



—¡Ah! decreta nuestra unión! ¡que así lo sea!

Pero no terminó este sin que Don Juan en presencia de todos los cortesanos, dirigiendo sus ojos a un ventanal donde Doña Dolores, Bena de alegría, había presenciado la llegada de su amor. Con gesto ostensible Don Juan sacó de su pecho la medalla que recibiera de la amada al partir; la llevó a los labios y dirigió una amorosa y profunda mirada a Doña Dolores. Esta, con su fina y aristocrática mano, devolvió el beso a Don Juan.

Un clamoreo cordial se levantó entonces de la muchedumbre al adivinar los amores de su ídolo, y Don Luis de Mendoza, que figuraba en el cortejo del de Aus-

tría, se estremeció sobre la silla de su candel al tiempo que la vergüenza subía a su rostro.

En cuanto el acto terminó, corrió iracundo al aposento de su hija y la habló en esta forma:



—¿No os habéis curado el corazón esta noche y congoja en que me veis amada padre mío? ¿Tengo yo la culpa de amar a Don Juan y de verme amada por él?

—Tan poco recato tenéis que no os da reparo el manifestar vuestro remilgo por Don Juan a la vista de toda la Corte?

—¿Le amo, padre mío, y él me ha prometido hacernos su esposa?

—Volved de vuestro desvarío, locuela; y percataos luego de que la hija de un bidaigo no puede, sin mengua de su honra y de la de su casa, poner los ojos en el hermano del Rey.

Y como su hija guardase silencio, el buzo de Don Luis de Mendoza, interpretándolo como tordez, prosiguió:

—Seréis bastante usada para desafiar la cólera del Rey Nuestro Señor y el eno-

jo de vuestro propio padre tan anciano?

Doña Dolores, anegada en llanto, inter-
peló a Don Luis:

—¿No os ablandará el corazón esta cuita y congoja en que me veis amada padre mío? ¿Tengo yo la culpa de amar a Don Juan y de verme amada por él?

—¡Basta! — exclamó Don Luis en el paroxismo de la ira — Sois mi hija y me debéis obediencia. Mañana mismo partireis para el Monasterio de Las Huelgas; y si Don Juan osa tratar de veros esta noche, lo pagará con la vida.

Y diciendo, salió airado de la habitación. En la puerta dió una orden a un anciano criado que allí se encontraba:

—Guarda bien la puerta, Eudalio; y no consientas que salga Doña Dolores.

Testigos presenciales del recibimiento dispensado a Don Juan de Austria, y viendo que la buena estrella de Felipe II palidecía, Antonio Pérez y la de Eboli tuvieron una entrevista.

—La nobleza está a punto de levantarse contra el Rey — dijo el secretario — Debíamos apoyar a Don Juan a fuer de prudentes.

Conforme la princesa con esta proposición, que le parecía muy atinada, redactó la siguiente glosa que hizo llegar a manos de Don Juan:

«Señor: Vuestros amigos quieren veros regir los destinos de las Espadas, y los soldados, al frente de los cuales habéis regresado victorioso, aguardan sólo una señal para proclamarnos Rey.

La princesa de Eboli.»

—Ahora — añadió la princesa — démosle traza para retener cautiva a Doña Dolores y veréis que el de Austria queda a nuestra merced. Don Juan sospechará del Rey, le retará a secreto encuentro, en el que Felipe, menos diestro en el manejo de las armas, hallará la muerte... Fácil nos será luego, propalar que Su Majestad sucumbió a una calentura maligna, y colocar al de Austria en el trono.

—¿Cuán discretamente discurrís! Manchado Don Juan con la sangre de su pro-

pio hermano, y sabedores nosotros del secreto, gozaremos de su privanza con más seguridad aun que la de Felipe. ¡ Oh incomparable amiga mía! ¡ España será nuestra!

Y los dos cómplices, tras de besar Antonio Pérez las manos a la princesa, se separaron.

IV

Después de la escena violenta con su padre que queda narrada, todos los esfuerzos de Doña Dolores se enderezaron a evitar que Don Juan arrojara a visitarla a su aposento. Consistió con Doña Inés y de ésta recibió un valioso consejo:

—Íd a encontraros con Don Juan en el Salón del Trono — le dijo —; nuestro padre no osará dar rienda suelta a su odio ante el Rey.

No estaba mal pensado el consejo; pero ¿cómo salir del aposento, si Eulalio

manto para que Eulalio, sin sospechar el engaño, se deje salir.

Así se hizo. La matrona tuvo un éxito completo y Doña Dolores pudo dirigirse al Salón del Trono. Pero antes de llegar vió a Don Juan que se dirigía a su aposento. El encuentro entre los dos enamorados fué de una infinita ternura. Después de cambiarse juramentos sobre su cariño Doña Dolores explicó a Don Juan la intransigente actitud de su padre. Don Juan calmó sus temores con estas palabras:

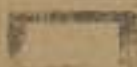
—Nada podrán contra mi amor las amenazas del mundo entero.

—¡Acordédmelo, pues, esta noche en lugar seguro, o me enviarán mañana al Monasterio de Las Huelgas.

—Sois para mí un tesoro preciadísimo, cuya guarda sólo a una persona puedo confiar... y yo seré quien vele por vuestra seguridad y vuestra huida.

—En vuestras manos entrego lo que vale más que la vida misma, dueño mío.

—¡Castígonme Dios si de tan señalada



En el Salón del Trono tuvo lugar una de las escenas más interesantes de la novela.

tercera la llave y una orden rigurosa del general?

También en esta ocasión la inteligencia de Doña Inés halló un ingenioso ardid:

—Tomad mis ropas y cubridlas con un

nuestra de confianza llegate a mostrarme indigno, alma mía!

Y diciendo, condujo a Doña Dolores a las habitaciones que ocupaba en un ala del Palacio.

Hasta allí llegaban los clamores con

que los soldados celebraban la victoria y aclamaban a Don Juan de Austria.

Éste vió en su gabinete la carta de la de Eboli, y sin abrirla, la quemó en la vela que tenía sobre su mesa de despacho, y después de encerrar a Doña Dolores en su alcoba, se dispuso a asistir a la fiesta que en su honor daba el Rey. Aguardaba éste la llegada de su hermano y sentía en su ánimo adusto la desazón que le causaba el saber que todos los nobles presentes en la fiesta darían algo por ver al de Austria sentado en el trono que él ocupaba.

Antes de llegar a presencia de su hermano Don Juan recibió la visita del bufón Adonis que le saludó con estas palabras:

—¡Salud, magnífico príncipe! ¡Marte te corona de laurel y rinde a tu albedífo, Venus, las damas más hermosas!

V guiñando un ojo pícarosamente, añadió:

—Otro negocio de gran monta: ¿recibiste la misiva que te mandó una dama?

Don Juan, que hasta entonces no había prestado atención a Adonis, contestó:

—Díjale que la quemé sin leerla... y agregarás que suerte igual correrán cualesquiera otras misivas que me envíara.

V sin cambiar más palabras el bufón se separó de Don Juan.

La entrada de éste le apartó al Rey de su esquinismiento, y unido con su hermano y con la Reina Niña, hizo su aparición en el Salón del Trono.

—¡Dios guarde al Rey Nuestro Señor Don Felipe II! ¡Viva el Rey! — gritó Antonio Pérez.

V este viva fué contestado por todos los nobles reunidos, en apagada voz.

—¡Dios guarde a Su Alteza Serenísima Don Juan de Austria! ¡Viva Don Juan de Austria!

Todos los nobles, dando pruebas de una gran adhesión a la persona de Don Juan, contestaron a este viva con un clamor.

Entre los auras y presuntuosos rumores de la tormenta que amenazaba estallar, la intriga teña sus redes. El bufón Adonis, creyendo que el Rey no tenía fijas en él sus ojos, puso, con disimulo, un billete en uno de los guantes de Don Juan. El Rey lo advirtió y con frase burlante como un puñal, le dijo:

—¡Recuerda que mis ojos lo ven todo.

bufón! Muchos necios hay en este mundo, pero ninguno lo es tanto como el vasallo que engaña a su Rey.

Don Juan, que presentía que el billete era de la princesa, lo guardó cuidadosamente en su guante, y unido a su hermano, pasó al comedor, donde estaba preparada la mesa para ambos príncipes y para la Reina Niña.

Mientras tanto la princesa de Eboli, que había asistido a la fiesta, se acercó a Mendoza y convenció a éste de que debía dejar a su hija que pasase una temporada a su lado comprometiéndose la princesa a alegrarla de Don Juan y a quitarle la tristeza en que estaba sumida.

Para ello la de Eboli fingiendo un falso interés le dijo a Mendoza, más entendido en hazas guerreras que en intrigas cortesanas:

—Y vuestra hija Doña Dolores, ¿está acaso enferma? Ofendéis la Majestad del Rey Nuestro Señor con la torzada ausencia de Doña Dolores de este sitio. ¡Fíaos de mí! Harto se me alcanza que la inclinación de Don Juan por vuestra hija os trae inquieto y apesadumbrado; pero empujame a Doña Dolores y yo velaré por ella.

A los postres de la comida, cuando ya Don Juan se disponía a retirarse, le cayó al suelo el guante que contenía el billete. Se inclinó para recogerlo y el Rey, que seguía sus movimientos, le dijo irónico:

—¿Tan alto precio tiene ese guante para que el hermano del Rey se incline a alzarlo del suelo?

V en rápida transición, ordenó:

—Dádmelo.

Sereno y digno, Don Juan repuso:

—Vuestra Majestad excuse la negativa; pero es de una dama y sólo a mí toca leerlo.

—Sois el primer caballero español que osa desobedecer a su Rey — repuso airado el Monarca.

Don Juan, inclinándose ante su hermano, contestó:

—V ojalá sea el último.

V abandonó la estancia para ir a reunirse con su amada.

La princesa de Eboli acudió al aposento de Doña Dolores, donde sabemos que había quedado encerrada Doña Inés, y ésta, fingiendo ser la ausente, siguió a la princesa por los intrincados corredores de Palacio.

Don Juan, al mismo tiempo, llegaba a sus habitaciones. Explicó a su amada la escena que había tenido con su hermano y su temor de que acudiese allí a pedirle explicaciones de su conducta. Entrecó, pues, a Doña Dolores la llave de la alcoba en que estaba refugiada y la de otra puerta que abría al pasillo, y que la amada podía utilizar, como puerta de escape, en el caso de que el Rey quisiera penetrar en la alcoba que ocupaba la enamorada dama.

Antes de separarse los enamorados, Doña Dolores hizo jurar al de Austria que aun en el caso más arriesgado no desenvainaría la espada contra su hermano, y tras de una apasionada despedida Doña Dolores pasó a la alcoba que cerró con llave y Don Juan quedó en el gabinete, separado de su amada por una gruesa puerta de roble.

No habían transcurrido unos minutos cuando entró en el aposento el Rey, acompañado del general Mendoza.

Felipe II, cauteloso, temiendo una celada de su hermano, registró todos los rincones, y deteniéndose ante la puerta, tras la cual Doña Dolores, que asistía a la escena, escuchaba con el corazón lleno de inquietud, dijo al general Mendoza:

—Abrió esa puerta.

Pero por más esfuerzos que hiciera el fornido general la puerta permaneció cerrada. Obstinado Felipe mandó buscar a un cerrajero pero éste no fué más afortunado que el general. Doña Dolores, al sentir ruido y conocer la voz de su padre y la del Rey, decidió emplear la puerta de escape; y por ella hubo escondiéndose en una de las garitas que había en uno de los pasillos.

Desistió su contrariedad Felipe, y dirigiéndose a su hermano, en tono autoritario, le dijo, después de haber ordenado al general que le aguardase en la azotea próxima:

—Excusemos disputas que a nada conducen, señor hermano; dadme ese papel.

Don Juan no hizo movimiento alguno.

Exaltándose por momentos, el Rey con-

tinó en tono iracundo y amenazador:

—¿Qué resistir a mi voluntad, pero hay algo en que habréis de acatarla. Sé que amáis a la hija de Mendoza, y os prohibo que rebajéis la Casa Real casándoos con una hidalgueta.

Don Juan salió entonces de su mutismo



El infante Adolfo retiró a Doña Dolores en secreto, manteniéndola oculta de don Juan de Austria.

y envolviendo al Monarca en una mirrada de desprecio, contestó, poniendo en sus palabras una explicable intención:

—¿Que rebajo la Casa Real? ¡V seis vos, Don Felipe, el que así habla!

El Rey echó mano a la espada y Don Juan con gran nobleza prosiguió:

—No desenvainaré mi espada contra aquel a quien debo amor como hermano, y sumisión como vasallo.

Interpretando aquellas palabras como una debilidad de su hermano, el Rey insistió en su primera pretensión.

—Dadme presto ese papel si no queráis que os entregue al verdugo. Y Doña Dolores de Mendoza compartirá vuestro

castigo, pues harto se me alcanza que la tenéis por...

Don Juan le atajó:

—¡Mal caballero!

El Rey, ciego de ira, desenvainó la espada y atravesó con ella a su hermano que cayó al suelo bañado en sangre, mientras fuera en el patio los soldados gritaban entusiasmados:

—¡Viva Don Juan de Austria! ¡Viva Don Juan de Austria!

El general Mendoza penetró en la estancia. De una sola ojeada comprendió toda la escena que allí se había desarrollado y caballeroso, hidalgo, recorriendo el juramento de fidelidad que había prestado a su Rey al alcanzar la carrera de las armas, se arrodilló ante Felipe II, que contemplaba el cuerpo de su hermano con gran sangre fría, y dijo:

—¡Señor y Rey mío, templad vuestra justicia! he matado a Don Juan de Austria!

Y cogió la espada del Rey y se la entregó a éste púso la empuñadura en su lugar y se tiñó las manos en la sangre que manaba por una de las heridas de Don Juan. Luego tranquilo añadió:

—Váyase Vuestra Majestad al Salón del Trono a donde yo iré en un breve espacio a hacer confesión de mi crimen ante la Corte.

V

Doña Dolores penetró en el gabinete donde yacía Don Juan, desarrollándose la escena trágica que es de suponer. De allí le apartó el bufón Adonis quien la explicó que Don Luis se había confesado ante de la muerte. Doña Dolores, por salvar a su padre, corrió al Salón del Trono y allí, ante la Corte, pidió indulgencia para su padre que había matado, según dijo, a Don Juan porque se enteró que ella estaba escondida en la alcoba de Don Juan.

Fué una escena emocionante la de aquella hija inocente que se confesaba culpable ante la Corte para salvar a su padre.

—¡Grandes de España, caballeros, oidme! ¡Mi padre ha confesado que mató a Don Juan de Austria!... ¡Os conjuro a que tengáis piedad de él!

Y con voz velada por la emoción confesó su supuesta falta:

—Mi padre me sorprendió esta noche en los aposentos de Don Juan... me vió en los brazos de mi amante... ¡Mía sola es la culpa de lo sucedido!

Ruthe tanto el Rey con una perfidia sin ejemplo sometió a Don Luis de Mendoza a un interrogatorio que no tenía otro fin que el de torturar al desgraciado padre. Como presuponiendo un delito que Don Luis no había cometido, decía el Rey a su víctima:

—Lo primero que ha de establecerse son los móviles que os impulsaron: ¡tenéis noticia de que mi hermano y vuestra hija se habían dado cita?

—Excusad esta inútil tortura, Señor—respondía dignamente el anciano general—y servíos disponer que me ajusticien sin demora.

—Confesad—insistía despiadado Felipe—que eras sabedor de la deshonra de vuestra hija cuando matasteis a Don Juan.

—¡Nunca—protestaba el anciano—me atribuiréis una confesión semejante. Señor!

Y el Monarca, con un nativismo inexplicable y descando anonadar al leal general, le dio noticia de que su hija acababa de confesarse culpable.

—¡Que me sorprende vuestra actitud!—añadió—. Hace un instante me me ha comunicado que vuestra hija, creyendo que con hacerlo os salvaría la vida, confesó ante la Corte ser la dama de Don Juan.

El general sintió su pecho atravesado por el más agudo dolor y en una suprema protesta contra aquel que tan inicuamente le sometía a un tamaño suplicio, dijo:

—Torturadme cuanto queráis; nunca seré desleal a mi Rey.

El Monarca llamó y dio orden, sin que le temblara la voz, sin que el recordamiento le atenazara el corazón:

—Que traten—dijo— a Don Luis de Mendoza con todo miramiento hasta que llegue la hora en que debe ser ajusticiado mañana.

Don Luis de Mendoza, el general encarnado en cien combates fué firmemente condenado a muerte por Felipe II. Y le autorizaron para ver a su hija. La escena fué emocionante. Don Luis siempre caballero e hidalgo, rechazó a su hija:

— ¡Apartaos de mí, liviana ! ¡ A vos os debo la deshonra de mi casa ! ¿ Qué os movió a proclamar mi vergüenza ante toda la Corte ?

— Mi afán de salvaros la vida, padre mío.

Y con un grito salido del corazón, un grito que no podía ser expresión de una mentira, Doña Dolores añadió :

— ¡ Pero soy inocente, padre mío !

Don Luis de Mendoza recibió a su hija

Doña Dolores consiguió una audiencia de Felipe II. El Rey la recibió indiferente. Queriendo consolarla con palabras de mero formalismo, le dijo :

— Un mismo dolor agobia nuestras almas, hija mía ; presumo que venís a implorar clemencia para vuestro padre, mi muy amado vasallo Don Luis.

— No vengo a pedir clemencia, sino justicia.

V decidida prosiguió :

Don Juan advierte a su madre que está escuchando al Palacio. Entre los soldados a de don Juan que quisieron conocer al matador de su hijo...



entre sus brazos y bajando la voz le dijo al oído :

— Antes de morir he de deciros la verdad, hija mía ; yo no maté a Don Juan...

— Entonces — interrumpió Doña Dolores — de no haberlo matado vos murió a manos de...

VI

Sordo y siniestro rumor iba elevándose del patio donde los soldados se hallaban reunidos. Hasta ellos había llegado la noticia de la muerte de Don Juan y querían que se les entregara al matador. Por las escaleras subían indignados los guerreros pidiendo la cabeza del autor de la muerte de su ídolo.

— Desde mi escondite, en el aposento de Don Juan que éste había cerrado con llave, fui testigo de todo.

Felipe II miraba ocioso a la atrevida y valerosa joven y una tormenta comenzó a formarse en su frente.

Sin advertirlo, Doña Dolores prosiguió :

— ¡ Vuestra Majestad no podrá obligarme a que calle la verdad ! ¡ Don Juan de Austria murió a vuestras manos !

La conversación se interrumpió. Por la escalera subían los soldados ebrios de cólera y de indignación por la muerte de Don Juan, y repetían, dando amenazadores gritos :

— ¡ Hemos de saber quién mató a Don Juan !

Doña Dolores, dueña de la situación pues en el rostro del Rey se había pin-

tañó el miedo, proseguía en tanto con ira:—
«Habré de decir a esos soldados la verdad. Señor. Por más Rey que seáis vanagloriarán con la vuestra la sangre de su capitán».

Y como iluminada, continuó, dando una extraña energía a sus palabras:

—¡Hacedme gracia de la vida de mi padre si en algo estubo el Trono!

Felipe tuvo un movimiento de rebeldía y quiso echarse sobre aquella débil mujer que le trataba tan despiadadamente. Pero Doña Dolores, que advirtió la intención, se puso en guardia y dijo con un acento vibrante de valor y de dignidad:

—Es en vano que Vuestra Majestad trate de amedrentarme; tras de esa puerta está el digno Rey Gómez y su noble escalera los soldados de Don Juan pidiendo el nombre del asesino...

En efecto, los soldados, cada vez más cerca, repetían sin cesar:

—¡Hemos de saber quién mató a Don Juan! ¡Hemos de saber quién mató a Don Juan!

Viendo en aquellos soldados dispuestos a la venganza en tierra, Doña Dolores continuó, mientras el Monarca se resaca los cabellos desesperado:

—Ya han derribado las puertas. ¡Firma Vuestra Majestad el indulto de mi padre!

Dominado por el miedo y por el temor de perder la corona, Felipe II no pudo resistir por más tiempo. Se arrojó a una mesa que tenía en su aposento, cogió nerviosamente la pluma y extendió el indulto de Don Luis de Mendoza. Después con un gesto de rabia y de impotencia ante los acontecimientos, lo firmó tendiéndole el documento a la joven, que sin decir una palabra más aguardaba como una estatua en el centro de la estancia.

Va era hora. Un momento más y los soldados hubieran penetrado en el aposento real para escuchar, de labios de Doña Dolores, el nombre del asesino de Don Juan de Austria.

En todo el decurso de nuestra narración uno de los personajes ha permanecido como en la obscuridad. Cállese a su modestia y no a su triste abandono.

Nos referimos a Doña Inés. Enamorada de Don Juan de Austria, con un entusiasmo que más que cariño era idolatría, Doña Inés comprendió bien pronto que el hermano del Rey no iba a ser para ella. Pero corazón animoso templado por todas las amarguras del Destino, no albergó en su pecho la envidia sino el desinterés y un excelso espíritu de sacrificio, y ya que el de Austria no iba a ser para ella no se quiso a que fuera el enamorado de Doña Dolores. Por ello ayudó aquellos amores de Don Juan con su hermana y fué cómplice en las industrias que inventaron para burlar la vigilancia del hidalgo Don Luis de Mendoza. Mas si en vida de Don Juan hubo de observar esa actitud desinteresada y prudente, una vez muerto el de Austria pertenecía por entero a aquella que tanto y tan bien supo amarle recatadamente. Por ello Doña Inés, guiada por el instinto que es muchas veces más fuerte que la propia razón, fué al aposento donde yacía Don Juan abandonado por todos aquellos que le daban por muerto.

Pintar el dolor de la desventurada Doña Inés es empresa difícil. Baste saber, que atrojándose sobre el cuerpo del bien-amado, le cubrió de besos y de lágrimas, a la par que decía con voz trémula que entrecuchaban los sollozos:

—¡Amor mío, dueño mío... despierta aunque sólo sea por un instante!

Y como si al calor de aquellos besos y de aquellas amargas lágrimas la Muerte hubiera respetuosa ante aquella pasión desinteresada, el cuerpo de Don Juan se estremeció. Abrió después los ojos y la vida, aquella vida que se creía acabada para siempre, volvió de nuevo. Se colorearon las mejillas de Don Juan y poco a poco fué recobrando sus sentidos. Al fin se incorporó entre los brazos de Doña Inés. ¿Qué pasó por la mente y por el corazón de la pobre ciega? No lo sabemos. Anso pensara que con la vida del amado venía nuevamente el sacrificio de su corazón, el doloroso disimulo ante la pasión de su hermana, el abogar su amor en las entrañas palpitantes por el amado... Sin embargo pudo disfrazar sus sentimientos y dijo a Don Juan con dulce voz:

—Os encontré aquí tendido... todos os dan por muerto.

Don Juan pasó sus todavía admirados ojos por la estancia, y como el que recuerda una pesadilla, repuso:

—Debí de chocar contra algo con la cabeza a tiempo que mi hermano...

Y la dolorosa escena pasó por su mente, unida al recuerdo de aquel hermano cruel y artero que no había vacilado en rasgar sus carnes con el acero fratricida. Pero aquella visión dolorosa no duró más que un instante. Después Don Juan, algo más repuesto y ya en pie, añadió, refiriéndose a su herida:

—No es nada, apenas un rasguño... y un ligero vahído que aun me molesta...

Y como queriendo corroborar sus palabras tuvo que apoyarse en una mesa para no sufrir un nuevo desvanecimiento.

Dña Inés, que antes, cuando creía al amado muerto, había hablado con tanta pasión, observaba ahora una actitud recogida, que contribuía a hacer más reservada su ceguera.

Acercándose por momentos, impetuoso y arrollador como embravecido elefante, se oía el rumor de la soldadesca, que cruzaba habitaciones, derribaba cuanto a su paso se oponía, ansiosa de saber el fin que había tenido su glorioso mandillo!

—¡Hemos de saber quién mató a Don Juan!

Acudió Doña Dolores y se desarrolló una escena terrible. Los soldados se retiraron al ver sano y salvo a su mandillo y Felipe II, contrariado en sus designios, visitó también a su hermano acompañado del general Mendoza.

Dirigiéndose a Don Juan, el Monarca pronunció estas frases tan halagüeñas para nuestro héroe:

—Vengo a decirte cuanto me huelgo de veros vivo, amado hermano... y a daros la Real Venia para que caséis con Doña Dolores de Mendoza. En cuanto a los culpables de la acaecido aquí esta noche, perdid cuidado que el Rey ha de hacer en ellos un escarmiento.

Mientras las pasiones, patentes unas, disfrazadas otras, reñían en última batalla en el interior del palacio, fuera los soldados, a los que se había mercedado el pueblo, prorrumpían en vítores a Don Juan de Austria. Uno de los capitanes de éste consiguió entrar en el aposento donde el príncipe se encontraba y le expuso respetuoso un deseo de los congre-

tados en la plaza y que le vitoreaban enardecidos:

—Don Juan, os llaman vuestros soldados.

Corrió el hermano del Rey a uno de los ventanales, y allí recibió el homenaje entusiasta de aquellos que le hubieran hecho Rey si Don Juan no hubiera sido



¡Hacedme gracia de la vida de mi padre o cuanta a los soldados, me sacan amenazadores, quién mató a su jefe!

tan noble y tan hidalgo y se hubiera olvidado de la fe jurada a su Soberano al equiparar la espada, que le llevó victoriosa a cien combates, donde las armas españolas se cubrieron de paz y de gloria...

Y así fue como, en esta ocasión, el Amor — amor de una mujer y amor de un pueblo — venció de los celos de un Rey de pasiones bastardas y de corazón seco, y de la Intriga, representada por unos cortesanos de ambiciones desmedidas, que no se detienen ni ante el crimen de lesa patria de salpicar de sangre el manto real.

FIN

EN nuestro próximo número publicaremos la interesante novela cinematográfica del Excmo. Señor Duque de Tovar.

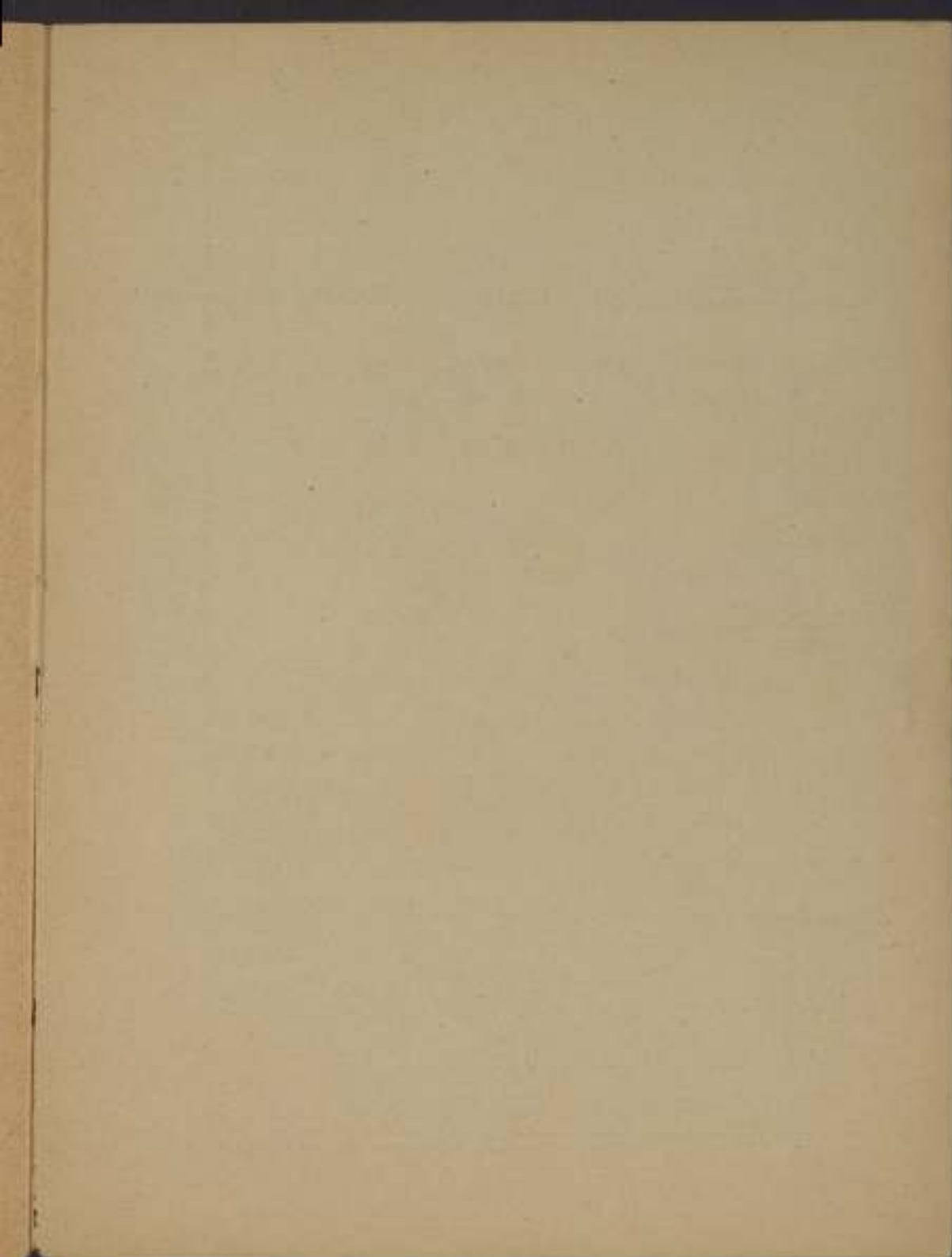
PEDRUCHO

interpretada por el popular torero del mismo nombre y la bella actriz Mlle. Landais.

No es Pedrucho una españolada más. Es la historia de un hombre del pueblo, que a fuerza de corazón y de inteligencia, sabe elevarse sobre el montón anónimo, exaltado por el amor a una mujer.

Por Pedrucho desfilan los más pintorescos ambientes de Sevilla, la Semana Santa, las fiestas de toros — luz y color — y toda la gama luminosa del campo andaluz donde la acción tiene comienzo.

Seguramente los lectores experimentarán con la novela que nos ocupa una agradable sorpresa.



Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal
para las familias

20 céntimos número

■ ■ ■

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada

■ ■ ■

Dirección y Redacción: Pelayo, 62

Administración y Talleres: Villarreal, 12